

IVAN GOLUB

**EL ÚLTIMO DÍA
DE LA CREACIÓN**

o el don del sexto día

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2004

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Tradujeron Tihomir Pistelek y Luisa Fernanda Garrido Ramos
del original croata *Dar dana sestoga*, 1999

© Ivan Golub, 1999

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2004

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Telf.: 923 218 203 - Fax: 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1514-5

Depósito legal: S. 1790-2003

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona

Polígono El Montalvo, Salamanca 2004

CONTENIDO

Presentación, de Adolfo González Montes, 9

EL ÚLTIMO DÍA DE LA CREACIÓN

1. La palabra, un don de Dios, 15
2. La imagen, un don de Dios, 31
3. El juego, un don de Dios, 95

Epílogo, 125

Post scriptum, 129

LA PALABRA, UN DON DE DIOS

Al hablar de la palabra a veces nos faltan palabras. Y no es porque la palabra sea una cosa desconocida. No sé cómo se sintió el primer hombre al proferir la primera palabra. Seguramente experimentó cierta extrañeza. Y aunque tal extrañeza perdura, va disminuyendo con la riada de palabras que nos inunda. Esta inflación, tal vez la más grande que afecta a nuestro tiempo, ha embotado nuestra capacidad de asombro ante la palabra. Sin embargo, la palabra es uno de los milagros mayores. Con ella, el hombre sale de lo ignoto y de sí mismo para presentarse ante el misterio, ante el otro. Da igual si se trata de un hombre o de Dios.

Ya que hemos mencionado la inflación de palabras, quizá convenga decir que la palabra verdadera es comparable a aquello que tiene un valor verdadero. Las palabras falsas y los billetes falsos no se diferencian en mucho. El billete falso posee todo lo que tiene el verdadero, pero carece de respaldo por el valor que lleva inscrito. Lo mismo ocurre con la palabra falsa del hombre. No está respaldada por lo que ella expresa, o, mejor dicho, no tiene el aval de aquel que la dice. La palabra verdadera es aquella que tiene la garantía de la persona que la profiere, aquella palabra que está sustentada por el que la dice. Así, podemos afirmar que la palabra ver-

dadera es, en realidad, la que representa en cierto modo la encarnación, es decir, quien la pronuncia está encarnado en ella.

Naturalmente, aquí también se plantea la cuestión de la palabra de Dios. Si alguien saliera a la calle y dijese: «¡Eh, vosotros, Dios ha comenzado a hablar!», supongo que muchos se pararían a ver qué pasa. Esto lo demuestra el hecho de que las personas, cuando oyen hablar de apariciones celestiales quieren verlas, se interesan por ellas. En este sentido, me gustaría detenerme brevemente en el testimonio bíblico acerca de cómo nos habla Dios.

El credo bíblico es esencialmente una religión de la palabra. Yo presumo, no los he contado, pero casi estoy seguro que de todos los vocablos que aparecen en la Biblia, el más frecuente es el término *palabra* y sus sinónimos. «Palabra» se dice en hebreo *dabar* y, curiosamente, al mismo tiempo que significa «palabra», también significa *cosa*. Por esto solamente podemos imaginar en qué medida la *palabra* bíblica es, en realidad, existencial, pues toma prestada una expresión de nuestra cultura. Y la palabra que Dios profiere está precisamente expresada con los elementos existenciales de esta cultura.

Para la palabra que llega de Dios al hombre he acuñado la expresión *palabra dada por Dios*. En el lenguaje clásico existe, sin embargo, el término *revelación*. ¿Por qué hemos preferido este neologismo sin renegar en ningún momento de la necesidad y del uso del término *revelación*? Precisamente para que se vea y quede reflejado el significado primordial de la religión bíblica, es decir que se trata de la *religión de la palabra*.

De ser cierta la etimología más frecuente de la palabra «religión» (*religare*, «enlazar»), este enlace se realiza mediante la palabra. Por lo demás, las personas se vinculan entre sí a través de las palabras; ¿acaso no dice un refrán: «Al buey por el cuerno y al hombre por la palabra»? Y así es, los hombres se piden y se dan su palabra de honor; el fundamento es la palabra. También el «enlace» entre Dios y el hombre requiere la palabra. Dios, al acercarse al hombre, lo hace mediante la palabra, con eso que hemos denominado *palabra dada por Dios*.

La palabra dada por Dios no es sólo expresiva, es también interpelativa. Interpela y pretende una respuesta que denomino *la palabra dada a Dios*. En el lenguaje clásico lo denominamos *fe*. ¿Por qué ofrecemos esta designación *palabra dada a Dios*? Por las mismas razones. Para que sea evidente que se trata de la religión de la palabra. ¿Qué concluimos al final? Pues que la religión bíblica en el sentido etimológico de la expresión *religio* es la religión del vínculo, del vínculo basado en la palabra. *La palabra dada por Dios* y *la palabra dada a Dios*, la revelación y la fe.

El contenido de *la palabra dada por Dios* y de *la palabra dada a Dios*. *La palabra dada por Dios* no es sólo un sonido, no es sólo una fórmula, sino que es una persona: la persona de Jesús de Nazaret, no en vano *la palabra dada por Dios* es el Verbo hecho carne. ¿Y qué comprende la encarnación? La pertenencia a un pueblo, el judío; la pertenencia a una época, la del emperador Augusto; la pertenencia a un espacio, Belén, Galilea, Judea; la pertenencia a una lengua, el arameo, y, por úl-

timo, la marca que imprime un carácter, un temperamento, una apariencia, una aparición.

La *palabra dada a Dios*, o fe, también tiene que ser proporcional a la *palabra dada por Dios*. Esto significa que igualmente debe ser encarnada; no un modelo, una fórmula, no una declaración, sino la total existencia del hombre trasvasada a un «¡sí!». Es la palabra «amén», que aparece a menudo en la liturgia, el «sí» hebreo, que en realidad es un *sí a Dios*.

La respuesta a la *palabra dada por Dios*, ¿qué debe incluir? Todo lo que constituye el hombre, su edad y su naturaleza, su pertenencia a una cultura, a un pueblo, a un tiempo, a un idioma. ¿Se conserva entonces la fe idéntica a sí misma? Sí. Lo idéntico aquí es que se ha dado una respuesta afirmativa, pero es diferente de un hombre a otro, de una época a otra. La fe tiene que ser diferente en la infancia y en la madurez, y tiene que ser diferente en la persona que divisa la otra orilla, porque cada una de estas personas existe de un modo distinto. La fe no es otra cosa que toda la existencia humana mediante la que se dice «sí» a Dios. Esta palabra también está encarnada. Al final, podemos decir: la fe es el creyente.

La forma en la que la palabra (*dada por Dios* y la *dada a Dios*) se expresa. La forma, en resumidas cuentas, es histórica, porque llega con la historia, pero también es poética. La *palabra dada por Dios* es Jesús, el poeta de Nazaret –por no hablar de la Biblia, que es toda ella poética–. Sería hermoso loar al poeta de Nazaret. La *palabra dada a Dios* también es histórica, es una persona quien debe expresarla; no es una palabra míti-

ca sino histórica, pero es poética. Aquí, por poético no se entiende la versificación, sino la forma de existir, la forma de sentir y pensar. ¿Significa esto que sólo los poetas pueden ser creyentes? Yo diría que en todo hombre hay un poeta y por lo tanto todo hombre puede ser creyente.

La palabra de Dios escrita ha adquirido cuerpo literario. Si el hombre, aunque sólo sea fugazmente, ojea la Biblia o la Sagrada Escritura, observará los *versos* que aparecen aquí y allá. Un lector atento se dará cuenta de que en la Sagrada Escritura hay partes que recuerdan una epopeya de personajes célebres o acontecimientos gloriosos (por ejemplo, el *Libro de Josué* o el *Libro de los jueces*); observará páginas y páginas repletas de proverbios y sentencias; hallará una colección de epístolas (de Pablo, de Juan, de Pedro). El ojo experto, sin embargo, descubre en la Sagrada Escritura *escenas sobre acontecimientos* en estilo narrativo. Los especialistas encuentran en la Biblia problemas tratados *dramáticamente* (por ejemplo, el problema del mal en los primeros capítulos del *Libro del Génesis*, en el *Libro de Job*), y en algunos fragmentos se perciben los escritos íntimos de un *diario* (por ejemplo, en el *Libro de Jeremías*). Por lo tanto, la palabra de Dios escrita se manifiesta en diversas formas literarias.

El Concilio Vaticano II dice: «Las palabras de Dios expresadas con lenguas humanas se han hecho semejantes al habla humana, como en otro tiempo el Verbo del Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres (Constitución dogmática *Dei Verbum*, 13). Los diferentes géneros literarios que

se hallan en la Sagrada Escritura no son tan sólo una descripción de sucesos o una creación artística. Todos hablan de Dios, «tratan» de Él, por eso son «teología».

Todo género literario habla de Dios con su propia lengua: la historia habla de Él en forma de historia, la poesía con la lengua de la poesía, la epístola o el drama con su propio lenguaje. La verdad sobre Dios, por lo tanto, no se expresa en la Sagrada Escritura únicamente en los textos que hablan de quién y cómo es Dios, es decir, en las descripciones de las intervenciones divinas en la historia, sino también en las partes líricas y dramáticas y en las escenas narrativas. A menudo, las verdades sobre el hombre las experimentamos y conocemos más profundamente por medio de la poesía, del drama, de la novela (un ejemplo son las obras de Dostoievski) que con ayuda de un sinfín de tomos de historia y debates teóricos. No es extraño que Dios hable en la poesía, en el drama, en el relato y en otros géneros literarios propios de Oriente y de Oriente Próximo.

El Concilio Vaticano II afirma: «Para descubrir la intención de los escritores sagrados, entre otras cosas hay que atender a ‘los géneros literarios’. Puesto que la verdad se propone y se expresa de maneras diferentes en los textos de diverso género: histórico, profético, poético o en otros géneros literarios. (...) Pues para entender rectamente lo que el autor sagrado quiso afirmar en sus escritos, hay que atender cuidadosamente tanto a las formas nativas usadas de pensar, de hablar o de narrar vigentes en los tiempos del escritor sagrado, como a las que en aquella época solían usarse en el trato mutuo de los hombres» (Constitución *Dei Verbum*, 12).

Igual que el cuerpo humano se ha preparado larga y gradualmente para la Palabra personal eterna, la obra literaria se ha preparado, en cierto sentido, para la palabra de Dios escrita. Al hablar de la encarnación de la Palabra personal de Dios, los evangelistas Mateo y Lucas mencionan extensos árboles genealógicos para demostrar el origen de Jesús en su naturaleza carnal. Por este árbol se ve cómo a través de generaciones se ha preparado la encarnación de la Palabra personal. Del mismo modo, podemos decir que el cuerpo literario, a saber, la forma literaria, se ha preparado para la palabra de Dios escrita a través de los siglos, así que la palabra de Dios escrita también tiene su genealogía, que demuestra de dónde procede teniendo en cuenta el cuerpo literario. Pero, mientras que la genealogía de la Palabra personal está expresamente citada en la Sagrada Escritura, apenas se alude a la genealogía de la palabra de Dios escrita.

¿Cómo, según las presunciones y estudios, se ha preparado la encarnación literaria de la palabra de Dios escrita, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo? Muchas cuestiones decisivas para el hombre y la humanidad se han conservado mediante la *tradicón oral*. Se han transmitido de generación en generación. En el pueblo de Israel, por ejemplo, han pervivido tradiciones que en su mayor parte se referían a su pasado religioso. Las tradiciones, con el tiempo, se agruparon en ciclos: el ciclo de los patriarcas, el del éxodo de Egipto, la alianza entre Dios y el pueblo de Israel. Más adelante, las tradiciones arcaicas y las leyes antiguas empezaron a escribirse. Esta actividad registradora es particularmente amplia en la época de los reyes de Israel. No obstante, incluso después de que se recogieran por es-

crita ciertas tradiciones, Israel ha seguido manteniendo la transmisión oral.

Las creaciones literarias asiobabilónicas y egipcias, en cierto modo, prepararon el camino para el cuerpo literario de la palabra de Dios. Así, cuando en el círculo de los pueblos orientales surgieron los proverbios, y cuando las interpretaciones de la génesis del mundo llegaron a Israel, se preparó la encarnación literaria de la palabra de Dios escrita. Pero eso sólo ocurrió cuando los elegidos, inspirados por Dios, lo pusieron por escrito. Al hacerlo, el escritor inspirado purgaba con frecuencia elementos fatalistas y politeístas.

La antigua leyenda oriental sobre el hombre paciente, al que llamaban Job o algo similar, transmitida de generación en generación, de una época a otra, se incluye también entre los precedentes literarios de la palabra de Dios escrita. Desde tiempos inmemoriales y paulatinamente se fue preparando el cuerpo literario de la palabra de Dios escrita, y por fin apareció en la Biblia bajo la forma del drama de Job, el hombre sufriente.

Oraciones, gritos de alegría y suspiros, esperanzas y temores de distintas personas, vertidos en versos, que se fueron transmitiendo y recopilando, prepararon el cuerpo literario de la palabra de Dios escrita que aparecerá como escritos poéticos. También la poesía amorosa, en forma de diálogo entre el amado y la amada, dará cuerpo a la palabra de Dios escrita, que surgirá como el canto más hermoso, *El cantar de los cantares*. De ese modo, Dios demostrará que la alianza que ha formado con su pueblo no es un rígido pacto de intereses, sino una re-

lación tierna como la que existe entre el novio y la novia, que Yahvé es para Israel algo como el amado es para su amada y el pueblo israelita para Yahvé algo tan querido como es una novia a un novio.

Las tradiciones orales y los cantares, los proverbios y otras creaciones que prepararon la encarnación literaria de la palabra de Dios escrita, tuvieron su origen en la sociedad judaica y extrajudaica, es decir, pre-judaica; se comprenden por lo tanto como parte de la genealogía de la palabra de Dios escrita, igual que la moabita Rut y la cananea Tamara pertenecen a los antepasados de la encarnación personal de la palabra de Dios.

Dios se expresó en el Hijo durante la época del emperador Augusto. Se expresó en el Hijo, Jesús de Nazaret, el Verbo que se hizo carne. Este suceso también quedó reflejado por escrito gracias a la inspiración divina, aunque no de inmediato.

Jesús mismo no escribió (excepto una vez, en la arena). Los discípulos de Jesús anunciaban entusiasmados a sus coetáneos la Buena Nueva sobre Jesucristo. Eran palabras habladas, no escritas. Con ellas se expresaba lo más importante: Jesús, que había sufrido y muerto, había resucitado; él era el Salvador prometido y el Hijo de Dios. Era la palabra de Dios encarnada. A continuación exponían, en mayor o menor medida, detalles de la vida de Jesús.

Sin embargo, cuando había que realizar un estudio más minucioso para la catequesis, se citaban las palabras de Jesús junto con el contexto histórico, es decir,

presentando no sólo las palabras de Jesús sino también las circunstancias en las que él las pronunció. Cuando se estudiaban para memorizarlas, a menudo quedaban privadas de su contexto histórico y adoptaban la forma de patrones concretos. Estas fórmulas de nuevo se agrupaban temática y mnemotécnicamente, es decir, según sus afinidades y de modo que pudieran recordarse más fácilmente.

Las polémicas que los predicadores de la Buena Nueva del Evangelio mantuvieron posteriormente con los judíos provocaron que, por una parte, se recopilaran datos sobre las conversaciones de Jesús con ellos, por otra, que se clasificaran los milagros que Jesús había hecho y, finalmente, que se reunieran todos los anuncios proféticos que en Jesús encontraron su cumplimiento.

En las frecuentes reuniones de los fieles, con la participación del pan (eucaristía), se fue fijando en las fórmulas de la Iglesia la esencia de la última cena de Jesús.

Parece, además, que algunos predicadores empezaron a redactar unos escritos que utilizaban mientras propagaban el mensaje de la Buena Nueva. Igual que Dios preparaba el cuerpo humano para su Palabra personal, empezando con Adán, luego con Abrahán y David hasta María, así preparaba también el cuerpo literario para su palabra escrita, desde las remotas tradiciones orales, pasando por ciclos establecidos y determinadas fórmulas litúrgicas y de catequesis, hasta los escritos de los predicadores de la Buena Nueva.

Hemos presentado ya en varias ocasiones la comparación entre la palabra de Dios escrita y la Palabra per-

sonal de Dios. Considerémosla con todas sus consecuencias. Durante siglos, de algún modo, Dios preparó el cuerpo humano para la Palabra personal eterna, para Jesucristo; por fin, en un momento histórico concreto, el Espíritu santo descendió sobre María de Nazaret (que es, si podemos decirlo así, la última en la genealogía que parte del primer hombre) y de ese cuerpo preparado, creó un cuerpo para la palabra eterna. De forma similar, Dios preparó a través de los siglos el cuerpo literario para la palabra escrita, y luego el Espíritu divino influyó sobre todo en aquellos cuyo deber era dar finalmente con un cuerpo literario forjado largamente para la palabra de Dios escrita.

De la misma forma que el Hijo de Dios, la palabra encarnada, era sin duda parecido a la Virgen de la que recibió directamente el cuerpo humano, así también la palabra de Dios escrita se parece al escritor que le proporcionó el cuerpo literario. Por eso el parto literario de Jeremías, inspirado por el Espíritu santo, llevará la marca de un profeta melancólico, extremadamente sensible, y el parto de Isaías estará marcado por los gritos de alegría de un ser eufórico. El *Evangelio de Mateo* tendrá el sello de un aduanero minucioso, el de Lucas revelará a un intelectual atento, el de Juan, a un hombre perspicaz. El *Evangelio de Marcos* nos mostrará una pluma simple, y las cartas y epístolas de Pablo descubrirán a un hombre que estaba sentado a los pies de Gamaliel, gran maestro de Israel, es decir, un teólogo culto.

La palabra dada por Dios, que tuvo su origen en una cultura determinada, se trasmite con el anuncio a otras culturas muy diferentes. La evangelización o anuncio de

la Buena Nueva da, en realidad, cierta continuidad a la encarnación de la *palabra dada por Dios* y a la *palabra dada a Dios*. Al manifestarse en cada época, merced al aliento divino, la *palabra dada por Dios* siempre es nueva; sin embargo, por su fidelidad a sí misma también es antigua. Nueva y antigua. Leída en el seno de la Iglesia, con el correr de los siglos, llega envuelta en aquellos aspectos temporales que, aun respetando su identidad, le confieren novedad y frescura. Destinada a hablar a los hombres de todos los tiempos simplemente porque a ellos está dirigida, la *palabra dada por Dios*, sin cambiar, busca y encuentra una enunciación nueva propia de cada época. Enunciación es una categoría cultural. Por eso podemos hablar de la *inculturación* de la palabra de Dios.

La palabra dada a Dios no es otra cosa que el «sí» a la *palabra dada por Dios*. Y este «sí», que encarna al hombre, define toda la naturaleza humana. Pero en el hombre *natura est cultura*, y es propio de él cuidar y desarrollar su propia naturaleza, que es lo que significa el término «cultura» en sí mismo. *La palabra dada a Dios* es por lo tanto un decir que tiene su origen en una cultura concreta. Es idéntica a sí misma porque es un «sí» a la *palabra dada por Dios*, pero distinta de un individuo a otro, de una época a otra, de una comunidad a otra, de un pueblo a otro, es decir, de una cultura a otra.

Con la *palabra dada a Dios* –denominada por nosotros *fe*– se acepta la *palabra dada por Dios*. Cuando se analiza y verbaliza esta aceptación de la *palabra dada por Dios* por parte de la *palabra dada a Dios*, expresando de ese modo quién y qué es la *palabra dada por Dios*

que aceptamos, se crea una nueva realidad lingüística. Desde el punto de vista clásico se denomina *dogma*. Dogma es, en realidad, la verbalización eclesial de la *palabra dada por Dios* por parte de la *palabra dada a Dios*; con la *palabra dada a Dios* se expresa quién es la *palabra dada por Dios*. Y como consiste en una enunciación, no se trata sólo de un fenómeno religioso sino también cultural.

El dogma, por lo tanto, no es algo que nos ha sido impuesto desde arriba sino algo que viene de abajo. El dogma no es otra cosa que lo que una persona expresa cuando dice: *creo en Jesús Dios*, y luego se distingue el término *Jesús* del de *Dios*. Se distinguen también las expresiones: *el Padre todopoderoso*, *Jesús nacido de la Virgen María*, *resucitado que vendrá a juzgarnos*. Tal distinción, que es poner aparte, es lo que son las creencias apostólicas y otras, denominadas dogmas primigenios.

La palabra dada a Dios —que a cada época ha llegado fresca, nueva y antigua, y con la que se describe, enuncia y acepta *la palabra dada por Dios*, concretamente Jesucristo— es distinta de una persona a otra, de una época a otra, y no digamos de un estilo a otro. Por eso es comprensible que tengamos —y cito a eminentes estudiosos de la figura de Cristo— el Jesús de Papini y Mauriac, el Cristo de Guardini y Kempnacher. En realidad, cada creyente, cada persona que con su *palabra dada a Dios* acepta y, por encima de ello, ama la *palabra dada por Dios*, es decir, a Jesús, tiene su propio Cristo, irreductible al del vecino, al de cualquier otra persona, y no obstante, idéntico al Cristo, al Jesús de la Iglesia, aunque sólo las plumas selectas de grandes es-

critores o místicos iluminados sean capaces de representar este Cristo. No en vano los colores son culturales.

La palabra dada a Dios no es sólo la palabra de un individuo, sino la de una persona que forma parte de una comunidad, concretamente de la Iglesia, y también de la sociedad en general. *La palabra dada a Dios* que encarna al hombre lo engloba a él como ser social, como sociedad. Y el hombre cambia también en este aspecto. En cada época es distinto. Por eso la *palabra dada por Dios* que él analiza, verbaliza, describe, enuncia, dependiendo de un periodo a otro, de un espacio a otro, de un sistema político a otro, es diferente y vista de modo distinto y por lo tanto se expresa de otra forma.

En Oriente, donde había «autócratas», se destacó al *Cristo Pantocrátor*, el omnipotente; en otros periodos se fijaron en el Cristo Rey; en la época de la democracia se ha señalado la particularidad de Cristo como hermano; nuestro tiempo ha traído al Cristo amigo. Algunos aspectos son relevantes porque están presentes en ciertas épocas en un espacio determinado, y otros justamente porque no lo están. En nuestro siglo, marcado sin duda por las hostilidades más que cualquier otro anterior –dos guerras mundiales, dos sistemas políticos totalitarios (comunismo y nacionalsocialismo, es decir, fascismo), un concepto (ateísmo)–, se reconoce discretamente a Cristo como amigo.

Cristo es omnipotente y rey (¿acaso no le preguntó Pilatos: «¿Eres tú rey?»), y él mismo le contestó: «Tú lo dices?»), Cristo es el hermano (¿no dice la Sagrada Escritura que no le da vergüenza llamarnos hermanos?),

Cristo es también el amigo (él mismo dijo que no llamaba a los suyos siervos sino amigos). *La palabra dada por Dios*, Jesucristo, contiene, por lo tanto, todo esto. Pero la *palabra dada a Dios* de distintas épocas o espacios, de diferentes culturas o civilizaciones, destaca particularidades que son evidentes al hombre de cada tiempo. Y así debe ser.

Porque la *palabra dada a Dios* o *fe* está viva únicamente si es la expresión del hombre vivo, si incluye aquello que compone y marca al hombre concreto como individuo y como sociedad con todas las características individuales y de grupo. Y eso es la inculturación de la *palabra dada a Dios*.

La Biblia es un libro de experiencias religiosas de individuos y pueblos, y sobre todo de la experiencia del Hijo respecto al Padre, al Espíritu, de Cristo respecto a Dios. La experiencia de Dios, inspirada por el Espíritu divino y escrita en la recopilación bíblica, se representa como *palabra dada por Dios* y como *palabra dada a Dios*, como *revelación* y *fe*. Es, en definitiva, una invitación a la unión entre Dios y los hombres. El escritor de los salmos del Antiguo Testamento –y no olvidemos que el salmo es una canción– nos invita con las siguientes palabras: «¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!» (Sal 34, 9).

El evangelista Juan –¿quién sería capaz de negarle talento poético?– da testimonio de la experiencia de Cristo, y llama a la experiencia de Cristo y a la unión con él y entre los seres humanos con las siguientes palabras:

Lo que existía desde el principio,
lo que hemos oído,
lo que hemos visto con nuestros ojos,
lo que hemos contemplado y tocado con nuestras manos
acerca de la palabra, de la vida,
–pues la vida se manifestó
y nosotros la hemos visto y damos testimonio,
y os anunciamos la vida eterna
que estaba junto al Padre y se nos manifestó–,
lo que hemos visto y oído
os lo anunciamos
para que también vosotros
estéis en comunión con nosotros.
Nosotros estamos en comunión con el Padre
y con su Hijo, Jesucristo.
Os escribimos estas cosas
para que vuestro gozo sea completo (1 Jn 1, 1-4).

La palabra dada por Dios es una invitación a la comunión y a la alegría, o a la gozosa comunión con Dios y con los hombres.